



cristina peri rossi

Condición de Mujer

Lectulandia

Cristina Peri Rossi, es una de las voces latinoamericanas más populares de los últimos tiempos. Autora de una poesía que celebra el deseo, el amor, el sexo y la alegría por lo vivido, sostiene que «la palabra poética recupera lo sagrado, su poder original, su valor primigenio». Ni los cuentos, aunque sean breves, tienen la conexión y la fuerza que conlleva la poesía, donde se concentra la máxima intensidad

Cristina Peri Rossi

Condición de mujer

ePub r1.0

Titivillus 23-04-2021

Cristina Peri Rossi, 2005

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Vino nuevo en odres nuevos

«Pienso, entonces, que se escribe porque se muere, porque todo transcurre rápidamente y experimentamos el deseo de retenerlo; la literatura es testimonio, precisamente porque todo está condenado a desaparecer, y eso nos conmueve ya veces nos pide a gritos residencia. Escribo, por lo tanto, porque estoy momentáneamente viva, en tránsito, y no quiero olvidar aquella calle, un rostro que vi mientras caminaba, o la alegría que sentí al manifestar por la calle junto a compañeros que no habían leído libros, ni sabían lo que hacía yo, ni me lo preguntaban, pero alcanzaba con saber que en ese momento estábamos uno al lado del otro, hacíamos algo juntos, y ese sentimiento creaba la confraternidad». Si se piensa que esta cita (reportaje a Cristina Peri Rossi, en *Marcha*, 27 de diciembre de 1968) pertenece a una escritora nacida en 1941, hay que admitir que algo está cambiando en las letras nacionales; por lo menos que una parte de los jóvenes que escriben han acelerado su ritmo de maduración vital, y, lo que es más estimulante, que ese cambio se ha producido en su nivel de simples seres humanos antes aun que en su calidad de escritores. A conclusiones como las arriba transcriptas, o parecidas, también llegaron en su momento algunos escritores de promociones anteriores, pero por lo general esa certeza sobrevenía sólo después de los cuarenta.

Tal sazón no corresponde por cierto, a todos los jóvenes. También hay jóvenes viejos que respiran aliviados cuando alguno de sus mayores afloja el paso o cae en concesiones. Justamente por su ejercicio en varios géneros (cuento, poesía, ensayo); por su modo tajante, y a la vez austero, de expresar sus convicciones y de entender su militancia; por su franqueza sin cálculo cuando se ve conminada a hacer la nómina de sus preferencias nacionales (dos vivos: Onetti, Idea, y tres muertos: Felisberto, Megget, Falco); por su comprensible incompreensión de ciertos desgarramientos que

sufren otros (el hecho de escribir un poema al Che no siempre significa la cómoda instalación que ella detecta); por la dimensión estética en que deliberadamente coloca su ejercicio literario; por haber sido premiada por sus pares (Jorge Onetti, Eduardo Galeano, Jorge Ruffinelli); en fin, por sus cálidas esperanzas no cicatrizadas. Cristina Peri Rossi es particularmente representativa de los jóvenes-jóvenes, y por eso valdría la pena encarar su personalidad literaria como un ente total que incluya no sólo sus cuentos, sus poemas, sus ensayos, sino también su respuesta vital, comprometida.

Empezaré por un mea culpa. Admito que se trata de un prejuicio bastante necio, pero la verdad es que nunca me han gustado los títulos en gerundio; quizá por eso, cuando apareció el primer libro de Cristina Peri Rossi, *Viviendo* (1963), no lo leí de inmediato sino un par de años después. Curiosamente, y quizá por primera y única vez en mi experiencia de lector, encontré que el gerundio titular estaba justificado por el texto. Tal como lo quiere la gramática, expresaba allí el verbo en abstracto: los personajes de los tres relatos («Viviendo», «El baile», «No sé qué») son seres marginales, que no consiguen afirmarse en ese imprescindible trozo de vida, inevitablemente concreto, capaz de dar sentido y justificación a un azar individual. Tanto Anabella, la prematura solterona de «Viviendo», como Silvia, la peluquera pueblerina («El baile») que se deslumbra por error, o Sonia, la opaca y lúcida protagonista de «No sé qué», padecen una congénita imposibilidad de actuar, de influir de algún modo en su propio destino. El suyo no es el fracaso del que juega y pierde, sino del que no se atreve a jugar. No es la soledad que vive de recuerdos, sino la que no llegó a fabricarlos. Sin embargo, Anabella, Silvia y Sonia tienen sendas oportunidades de enderezar sus respectivas y monocordes existencias: sencillamente, hacen muy poco por asir la ocasión, cuando ésta las roza.

No son víctimas del azar, sino más bien sus victimarías. El presente está tan condicionado por rutinas, prejuicios y recuerdos ingrátidos, que toda relación con él queda inmovilizada en una frustración cualquiera. Es, con todo, un mundo de apariencias, pero curiosamente la apariencia no es aquí una realidad idealizada o ambicionada, sino que constituye un nivel tan mezquino como las pobres vidas que a duras penas cubre. Extrañamente, ese tácito desprestigio de las apariencias infunde un cierto respeto en el lector, quien lentamente llega al convencimiento de que estos personajes hacen de su melancolía una suerte de compromiso.

Viven sin amor porque eligen, conscientemente o no, la soledad; hay una parálisis social, una atonía sentimental, un sopor psicológico, en esos seres que contemplan desinteresadamente el alrededor y contagian su letargo al paisaje. Pero eso mismo los arranca, en tanto que personajes literarios, del mero realismo, y les inculca una condición poco menos que fantasmal. No se trata sin embargo de

apariciones, de almas en pena, sino de esa índole espectral que tienen ciertos hombres y mujeres, incapaces de imbricarse en su medio: fantasmas sí, pero de carne y hueso. Ya señaló alguna vez José Carlos Álvarez que «hay algo de monocorde en estas tres narraciones; parecería que ellas forman parte de una letanía hecha de una grisura, una lluvia, un silencio, y una melancolía, provocados y buscados. Pero todo surge con tanta autenticidad en *Viviendo* y con una sugerencia tan atractiva, que bien se puede disculpar a la autora una reiteración que tiene algo de transfigurante». En esa falta de reacción a los estímulos exteriores, en ese torpor aparentemente irremediable, hay seguramente una metáfora estructural que sólo ahora, al aparecer su segundo libro, se clarifica. Casi podríamos decir los relatos de *Viviendo* son los museos antes de ser abandonados, o sea que se trata de un orden ya carcomido, sin respuesta válida para el hombre de hoy y su dramática conciencia.

En el lapso medio entre los dos libros, hay, entre otros, dos textos de la autora, aislados pero significativos: el relato «Los amores» y el poema «Homenaje a los trabajadores uruguayos del 1 de mayo, aplastados por soldados y policías». El primero lleva a una instancia de demencia la anquilosis temperamental, la resistencia al cambio, que ya aparecía en algunos personajes de *Viviendo*; el segundo, pese a su título de pancarta, es una reacción estremecida y estremecedora frente a aquellos sectores de la sociedad, voluntariamente ciegos y sordos, que sé autoconvencen de una paz que no existe. Este poema otorga verdadero sentido a la simbología latente en los relatos anteriores y posteriores, ya que Peri Rossi es en poesía mucho más directa que en su zona narrativa. Ese poema incluye una ironía desgarrada, una contenida energía que en cierta manera lo aproximan a los certeros poemas políticos de Ernesto Cardenal.

Los museos abandonados obtiene el Premio de los Jóvenes, de la Editorial Arca, en 1968, y es publicado en 1969; dos años que probablemente serán decisivos en la vida del país. La muerte está en las calles, la obcecación en el poder el poder pierde sus máscaras. Evidentemente, es hora de abandonar los museos, con sus estatuas que perdieron vigencia, sus momias acalambradas en gesto hipócrita, y también con sus irreparables deterioros y su olor a podrido. Es hora de abandonar las valetudinarias excusas, los lugares comunes en vías de desintegración, las cobardías en cadena. Es hora de salir al aire libre. No piense el lector, sin embargo, que Peri

Rossi dice este mensaje con la exactitud y la puntualidad de un teorema o de un panfleto. De ningún modo; la narradora (que conoce bien su oficio y maneja hábilmente su instrumento) instala su convicción en una alegoría, pero luego ésta funciona de acuerdo a leyes alegóricas y no a pasamanería política. Para decir lo que quiere o lo que intuye, revisa el anaquel mitológico y extrae Ariadnas y Euridices, pero de inmediato ajusta los tornillos a los presupuestos míticos y, al poner al día sus

símbolos, les hace rendir significados nuevos. Ah ora sí hay presencias definitivamente fantasmales: son las viejas maneras de concebir arte y vida, muerte y justicia. A veces llega a pensarse que el mundo total es un gran museo destinado a quedarse solo, y esta imagen está en cierto modo refrendada por el único relato, «Los extraños objetos voladores», que transcurre fuera de los vacantes repositorios culturales.

Este cuento, que ocupa exactamente la mitad del volumen, me parece el punto más alto de la producción de Peri Rossi. Cierta engolosinamiento metafórico, cierta anfractuosidad poética, que a veces aminoran la eficacia de los tres relatos de museos, están ausentes de este riguroso texto, en que la autora muestra su mejor condición de cuentista nato. Sin hacerle trampas al lector, ni trampearle a sí misma, Peri Rossi construye una atmósfera de creciente terror, pero conviene aclarar que se trata de un espanto normal, de cotidiano desarrollo, algo que no golpea sino que (lo que es mucho más grave) transforma. Aquí el estilo es despojado; la anécdota (pese a la insólita pauta en que transcurre), de una sobriedad sin fisuras; el penitente final produce en el lector el buscado sobresalto metafísico. Todo esto metido en un contorno regulado por la costumbre; norma esta poco menos que obligatoria, ya que a medida que el relato avanza, casi podría decirse que el lector asiste a sucesivas efracciones de la rutina, y hasta se vuelve corresponsable de esa fractura de tradiciones. El cuento es la historia de una amenaza (un objeto marrón se instala en el espacio, y su presencia nihilista trastorna y limita progresivamente la realidad), una suerte de ultimátum absurdo y sin embargo verosímil. Todos los recursos literarios de la autora (que son casi siempre eficaces, originales) están puestos al servicio de una alarma, es cierto; pero una alarma en que nos va la vida.

Después de la enquistada soledad de *Viviendo*: este abandono de los museos, del orden antiguo, de la caduca estructura. ¿Qué vendrá después? Quizá puedan hacerse pronósticos a partir de la frase final del último cuento, «Los refugios»: «Cubrí a Ariadna con una de las sábanas que protegían a las estatuas; del polvo y del tiempo. Nos quedamos adentro, en silencio, hasta que todo estalló, como una gran fruta madura, como una formidable víscera descompuesta», O sea: después del abandono, la presencia fantasmal de los viejos mitos, de los antiguos moldes; después de esa presencia y de su fracaso, el estallido renovador, la destrucción para construir. Ahí adquiere su sentido la dedicatoria que encabeza el volumen: «A los guerrilleros. A sus héroes innominados. A sus mártires. A sus muertos. Al Hombre Nuevo que nace de ellos. Aunque éste sea, en definitiva, el más torpe homenaje que se les pueda hacer». Sin embargo, no es un torpe homenaje. Este afán de transfigurar en arte, de convertir en alegoría, un angustioso pero decisivo viraje de la historia, de nuestra historia; esta intención de convertir en estremecimiento estético un cataclismo

social; este propósito de no hacer panfleto sino remoción; todo ello forma parte de una respuesta revolucionaria al desafío de este siglo, de este año, de este mes, de este minuto.

Mario Benedetti (1969)

Dedicatoria

La literatura nos separó: todo lo que supe de ti
lo aprendí en los libros
y a lo que faltaba
yo le puse palabras.

Invitación

Una mujer me baila en los oídos
palabras de la infancia
yo la escucho
mansamente la miro
la estoy mirando ceremoniosamente
y si ella dice humo
si dice pez que cogimos con la mano,
si ella dice mi padre y mi madre y mis hermanos
siento resbalar desde lo antiguo
una cosa indefinible
melaza de palabras
puesto que ella, hablando,
me ha conquistado
y me tiene así,
prendida de sus letras
de sus sílabas y consonantes
como si la hubiera penetrado.
Me tiene así prendida
murmurándome cosas antiguas
cosas que he olvidado
cosas que no existieron nunca
pero ahora, al pronunciarlas,
son un hecho,
y hablándome me lleva hasta la cama

adónde yo no quisiera ir
por la dulzura de la palabra ven.

Palabra

Leyendo el diccionario
he encontrado una palabra nueva:
con gusto, con sarcasmo la pronuncio;
la palpo, la apalabro, la manto, la calco, la pulso,
la digo, la encierro, la lamo,
la toco con la yema de los dedos,
le tomo el peso, la mojo, la entibio entre las manos,
la acaricio, le cuento cosas, la cerco, la acorralo,
le clavo un alfiler, la lleno de espuma,
después, como a una puta,
la echo de casa.

Bautismo

Entonces Adán la llamó
le puso nombres
dichoso le dijo paloma,
pez,
moabita
mármol
estatua que acaricio,
la llamó frío y nostalgia,
Adriana, pájaro,
árbol
y mi dicha,
le dijo arcángel,
adoradora,
la llamó espuma de los mares, cardumen, Ifianasa,
lumen, montaña, lámpara
le dijo forma de mí pero más que nada forma
ánfora, cortesía, dama amabilis,
ósculo, pie de mi camino,
le dijo doncella encerrada,
alabaré tu amor más que los castillos,
le dijo amistad y fragancia,
la llamó voz de los valles,
eco de collados,
amiga mía,

pero ella nada oyó,
porque El Señor la había hecho sorda.

Vía crucis

Cuando entro
y estás poco iluminada
como una iglesia en penumbra.
Me das un cirio para que lo encienda
en la nave central.
Me pides limosna.
Yo recuerdo las tareas de los santos.
Te tiendo la mano.
Me mojo en la pila bautismal
tú me hablas de alegorías
del Vía Crucis que he iniciado
—las piernas, primera estación—
me apenas con los brazos en cruz
al fin adentro
empieza la peregrinación
muy abajo estoy orando
 nombro tus dolores
el dolor que tuviste al ser parida
el dolor de tus seis años
el dolor de tus diecisiete
el dolor de tu iniciación
muy por lo bajo te murmuro entre las piernas
la más secreta de las oraciones.
Tú me recompensas con una tibia lluvia de tus entrañas

y una vez que he terminado el rezo
cierras las piernas
bajas la cabeza
cuando entro en la iglesia
en el templo
en la custodia
y tú me bañas.

Sálvese quien pueda

Si fui amarga fue por la pena.

El capitán gritó «Sálvese quien pueda»
y yo, sin pensarlo más, me lancé al agua,
como ávida nadadora
como si siempre hubiera estado esperando ese momento,
el momento supremo de soledad
en que nada pesa
nada queda ya
sino el deseo impostergable de vivir;
me lancé al agua, es cierto, sin mirar atrás.

De mirar quizás no me lanzara
habría vacilado mirando tus grandes ojos tristes
siniestros remordimientos me hubieran impedido ya
saltar al espacio
tocar la fría humedad del aire
el nocturno relente
y caer
como recién nacida
en la flotante superficie del bote
donde todo habría de continuar,
no se sabe adónde.

Si hubiera mirado atrás,
tus grandes ojos tristes
la vela suspendida
los cabos sueltos
las cámaras anegadas
como los recuerdos salados del mar.

Si hubiera mirado atrás,
tus grandes ojos tristes,
la vela mística suspendida
los cabos sueltos
las cámaras anegadas
como los recuerdos salados del mar.

Si hubiera mirado atrás.
«Sálvese quien pueda»
gritaba el capitán.

De haber mirado
de haber vuelto los ojos
como Eurídice
ya no podría saltar
pertenecería al pasado
anclada entre las redes del barco, tu capitán,
el moho de las sillas
los versos que consumíamos en las noches de vigilia
tu pereza de saltar,
tu vergüenza de correr,
atrapada entre las hermosas lianas de los versos preferidos,
acaso no hubiera respirado más el aire salino
ni visto aparecer el sol;
era un caso de vida o muerte
«Sálvese quien pueda»
había gritado el capitán,
la vida era una hipótesis de salto,
quedarse, una muerte segura.

Escoración

Herida que queda, luego del amor, al costado del cuerpo.
Tajo profundo, lleno de peces y bocas rojas,
donde la sal duele y arde el iodo,
que corre todo a lo largo del buque,
que deja pasar la espuma,
que tiene un ojo triste en el centro.
En la actividad de navegar,
como en el ejercicio del amor,
ningún marino, ningún capitán,
ningún armador, ningún amante,
han podido evitar esta suerte de heridas,
escoraciones profundas, que tienen el largo del cuerpo
y la profundidad del mar,
cuya cicatriz no desaparece nunca,
y llevamos como estigmas de pasadas navegaciones,
de otras travesías. Por el número de escoraciones
del buque, conocemos la cantidad de sus viajes;
por las escoraciones de nuestra piel,
cuántas veces hemos amado.

Afrodita

Y está triste
como una silla abandonada
en la mitad del patio azul.

Los pájaros la rodean
cae una aguja.

Las hojas resbalan
sin tocarla.

Y está triste
en mitad del patio
con la mirada baja
los pechos alicaídos
dos palomas tardas
y un collar
sin perro
en la mano

Como una silla ya vacía.

Invocación

Si el lenguaje
este modo austero
de convocarte
en medio de fríos rascacielos
y ciudades europeas
Fuera
el modo
de hacer el amor entre sonidos
o el modo
de meterme entre tu pelo

Penétrame
occidental y perversa
parodiando a los dioses más diversos:
siglos en prolongada decadencia
permiten que para el caso,
cambemos de papel

Penétrame
profunda y larvariamente
tu laberinto de palabras

tiene el privilegio
que le presta la poesía.

Proyectos

Podríamos hacer un niño
y llevarlo al zoo los domingos.
Podríamos esperarlo
a la salida del colegio.
Él iría descubriendo
en la procesión de nubes
toda la prehistoria.
Podríamos cumplir con él los años.

Pero no me gustaría que al llegar a la pubertad
un fascista de mierda le pegara un tiro.

No quisiera que lloviera
te lo juro
que lloviera en esta ciudad
sin ti
y escuchar los ruidos del agua
al bajar
y pensar que allí donde estás viviendo
sin mí
llueve sobre la misma ciudad
Quizás tengas el cabello mojado
el teléfono a mano
que no usas

para llamarme
para decirme
esta noche te amo
me inundan los recuerdos de ti
discúlpame,
la literatura me mató
pero te le parecías tanto.

Reminiscencia

No podía dejar de amarla porque el olvido no existe
y la memoria es modificación,
de manera que sin querer
amaba las distintas formas
bajo las cuales ella aparecía en sucesivas transformaciones
y tenía nostalgia de todos los lugares
en los cuales jamás habíamos estado,
y la deseaba en los parques
donde nunca la deseé y moría de reminiscencias
por las cosas que ya no conoceríamos
y eran tan violentas e inolvidables
como las pocas cosas que habíamos conocido.

Desde alguna parte
me mira
esa mujer que fuiste
alguna vez lejana
y me pide cosas
me pide memoriales
versos
y perdón por el futuro.
El monótono oficio de amarte
o poesía
extrañas parejas pasean por el parque

signos de una tipografía que ya conozco
por haberla usado desde pequeña
Y el globo de sol
que un extraño colocara en el jardín
como una O redonda
mayúscula
quizás para recordarme
que he de amarte
medida y rimada
como aquellos poemas antiguos,
un poco viejos,
aprenderte de memoria
como un libro de lectura
del cual surge el caballo blanco en el que viajo
en tus sueños nocturnos
y la nostalgia de mamá
por cuya culpa
sin duda
te amo

Cacería para un solo enamorado

Me pasé el día recortando palabras para ella.
No era fácil, porque había palabras duras y cortantes
que no se dejaban asir con docilidad;
las perseguía con las tijeras pero ellas fruncían el ceño
abrían las piernas, amenazaban arrojarse desde el balcón.

A veces las sorprendía distraídas,
pero cuando despertaban de su sueño de extranjeras
comenzaban a gritar y a rebelarse,
en un estallido de fricativas por el aire,
deshaciendo los espejos y los vasos.

Más fácil era atrapar a las que dormían
echadas sobre el sofá, como una playa,
pero eran palabras lúbricas y haraganas
perezosas de expresar y de pronunciarse.
Persiguiendo una palabra que tenía muchas piernas
hice tanto ruido que alguna gente se asomó por la ventana.

«Es el vecino —comentaron—
Caza palabras. Deberíamos ayudarlo».

No sabían que era un regalo solitario.

Recorté muchas

palabras como verde
baila
viento
álamo liviano
ven
vamos a acostarnos
y otras palabras menudas
niñas aún
como núbil
mórbida
caza
corza
ánade
astil
incensario.
Palabras maduras —muérdago
mármol
moro
Mauritania—
palabras estrafalarias
desdoro
pundonor
puericultura
y al final, separé las más queridas:
trilce — lábil — púber — araucaria.

Quería que las tocaras con los dedos
y bajo tus yemas
palpitaran
su pulpa sensible
su densidad.

Eran palabras mansas
retóricas
convencionales,
me contaste
—la fiesta aún no había comenzado—
no sé qué cosa de un señor

llamado Jorge Luis Borges
que está de moda
y la historia de una amiga
muerta allá en el mar
en tardes lilas y lluviosas
cuando los peces bajan
a morir en la costa
y los lobos se esconden.
Fuiste a la ventana
—desde lejos pude apreciar tu desnudez
como un cuadro ocre levemente obsceno—
y me dolían las de las sandalias
bajo tus pies.

«Hace calor afuera» dijiste
caramba, un pronóstico del tiempo,
era lo único que nos faltaba.
«Me leería un poema o estrujaría una flor»,
sin darte cuenta que entre tus dedos
estrangulabas una amaranta.
«Veremos qué pasa si las dejo caer» comunicaste
y cogiendo las palabras que yo había recortado
las lanzaste desde la ventana por el aire hasta la calle.
Por el camino se descolgó una exhalación
lloró un gatito
una libélula perdió las alas
mentían los sofistas
vértigo me di
llovían palacios
damas encerradas
princesas escarlata
fresas fucsia
y un caimán colorado.

Arca - line - fagia
leía desde la ventana
aaceldimmdoyoscolaree.
Arce - can - ttllu - che - fra - pom
«¿Has visto?» —me dijiste—

«Al final no eran tan irresistibles»

Una palabra sola
salvada del desastre
colgaba todavía del techo
como una mosca.

Me quedé pensando qué palabra sería
si no era una palabra enferma
una palabra descompuesta
una palabra que no sirve para nada.

Navegación

En las mansas corrientes de tus manos
y en tus manos que son tormenta
en la nave divagante de tus ojos
que tienen rumbo seguro
en la redondez de tu vientre
como una esfera perpetuamente inacabada
en la morosidad de tus palabras
veloces como fieras fugitivas
en la suavidad de tu piel
ardiendo en ciudades incendiadas
en el lunar único de tu brazo
anclé la nave.

Navegaríamos,
si el tiempo hubiera sido favorable.

3ª Estación: Campo de san Barnaba

Esta noche, entre todos los normales,
te invito a cruzar el puente.

Nos mirarán con curiosidad —estas dos muchachas—
y quizás, si somos lo suficientemente sabias,
discretas y sutiles
perdonen nuestra subversión
sin necesidad de llamar al médico
al comisario político o al cura.

Sobre los canales ha llovido una lluvia fina de algodón;
nadie sabe el nombre de estas mariposas blancas
que vuelan sobre los ríos de Venecia
como plumas
que cubren las aguas y los puentes.

Y el vaporetto se desliza suavemente
entre estas flores blancas sin tocarlas
rozándolas apenas
como ronda el deseo en pos de ti
en pos de mí
densa película que nos unta
enardeciente,
húmeda,

dual y semejante.

4ª Estación: Ca foscari

Te amo como mi semejante
mi igual mi parecida
de esclava a esclava
parejas en subversión
al orden domesticado.

Te amo ésta y otras noches
con las señas de identidad
cambiadas
como alegremente cambiamos nuestras ropas
y tu vestido es el mío
y mis sandalias son las tuyas
como mi seno es tu seno
y tus antepasadas son las mías.

Hacemos el amor incestuosamente
escandalizando a los peces
y a los buenos ciudadanos de éste
y de todos los partidos
a la mañana, en el desayuno,
cuando las cosas lentamente vayan despertando
te llamaré por mi nombre
y tú contestarás
alegre,

mi igual, mi hermana, mi semejante.

Nocturno pluvioso en la ciudad

De noche, bajo la lluvia
a lo largo de la avenida
la luz de una cabina telefónica.

Un hombre llama ansiosamente
no hay tierra firme donde echarse a descansar
el hombre hace gestos con las manos
lejos un triángulo de luces amarillas
cómo resbala el agua en los costados
escaparates llenos de reflejos
el hombre dice: «Por favor, por favor»
un borracho junto a un árbol
Grandes rebajas
los autos pasan veloces:
si atropellaran a alguien no tendrían tiempo de detenerse.

«Escúchame, por favor», dice el hombre
dos muchachos fuman un poco de hierba
en los diarios de esta mañana
leí algo acerca de una gran catástrofe
no sé si terremoto o bombardeo
«Te quiero», dice el hombre,
antropoide en la vidriera telefónica
cae la lluvia

un travesti se pasea, pide fuego
los travestis siempre piden fuego y se pasean
el agua le moja la falda, le corre la pintura,
no se puede comprar cosméticos baratos,
murieron dos mil o veinte mil,
ya no recuerdo,
hay un cartel que destiñe con la lluvia:

«Compañero, tu muerte no será en vano»
(¿qué muerte no es en vano?)

Me gustaría saber adónde van las palomas con la lluvia
un locutor anuncia un detergente un bombardeo
«Escúchame», dice el hombre,
se le acaban las monedas
Extraordinario show-sexy
Se ruega a las personas sensibles no asistir
Me dijeron que se trata de un caballo
que fornicia con mujeres
(la Sociedad Protectora de Animales protestó;
ninguna otra sociedad protestó)
es enorme la cantidad de personas no sensibles que hay,
según el cartel.

Noches lluviosas donde cualquier suicidio es posible:
hasta el de una mariposa contra la ventana.
Del andén sale una música ambulante
el hombre no tiene más monedas
el travesti ligó
es increíble cómo en momentos decisivos algo nos falta
moneda o mirada
cigarrillo o mujer
a lo mejor se trataba de una inauguración, no sé bien,
o quizás era el destripador de alguna ciudad inglesa.

Se queda un instante indeciso en la cabina
registra a fondo los bolsillos
(¿extraerá una pistola o un cigarrillo?)
«Vecchio, basso», canta Mina en el amplificador.

Una estrella de cine se consagró
un zapatero mató a su mujer
un padre a su hija
alguien bombardeó una ciudad
El hombre no encontró una moneda
y se puso a caminar bajo la lluvia.

La extranjera

Contra su bautismo natal
el nombre secreto con que la llamo: Babel.

Contra el vientre que la disparó confusamente
la cuenca de mi mano que la encierra.

Contra el desamparo de sus ojos primarios
la doble visión de mi mirada donde se refleja.

Contra su altiva desnudez
los homenajes sacros
la ofrenda del pan
del vino y el beso.

Contra la obstinación de su silencio
un discurso largo y lento
salmódica salina
cueva hospitalaria
signos en la página,
identidad.

El bautismo

Yo te bautizo Babel entre todas las mujeres
Babel entre todas las ciudades
Babel de la diversidad
ambigua como los sexos
nostálgica del paraíso perdido —útero materno—
centro del mundo
cordón umbilical.

«Poeta —grita Babel— soy la ciega de las lenguas
la Casandra en la noche oscura de los significantes».

Babel, la curiosidad

La extranjera es curiosa.

Sus manos palpan mi cuerpo
como los pasos de un ciego.

Palmo a palmo me dejo recorrer
—vibra el élitro zahori—.

Lame mis entrañas
prueba el agua de las fuentes,
mide mis caminos,
descubre los túneles secretos
los desfiladeros entre montañas.

No sabe si el territorio nuevo la complacerá;
en todo caso, su deber es auscultarlo,
como corresponde a una recién llegada,
a la exploradora
a la cruel conquistadora.

Poética

Hay gente que espera que la palabra
del poeta la nombre,
deje constancia de su identidad.
No saben que el poeta no habla de los seres,
sino de símbolos.

Amanecer primero

Flotábamos en el lecho
—arca de Noé—
como venidos de otro mundo
y raras criaturas
nos acechaban
en el amanecer pluvioso
(caras de monos, ojos de ratón).

En las nubes sudorosas como almohadas
había signos ocultos

una geografía difusa
un pueblo desterrado.

Aprendíamos una lengua nueva
con ecos de loro
y el timbal de la tormenta.

Dije: «Tierra»
y era tu vientre.

Babel bárbara

Altiva como la A (anaconda)
Balbuceante como la B (Babel bárbara)
Colérica como la C (carismática)
Dorada como la D (ditirámica)
Elemental como la E (elegíaca)
Furibunda como la F (fáustica)
Gutural como la G (gárgola)
Hipnótica como la H (hendida)
Íntima como la I (imantada)
Jupiteriana como la J (jónica)
Lúbrica como la L (loba)
Mórbida como la M (marmórea)
Nocturna noctiluca (nacarada noche)
Opulenta como la O (ombligo y ópalo)
Quejumbrosa como la Q (quimera y quejido)
Rúnica como la R (rondadora)
Sardónica como la S (soez, soñadora)
Turbadora como la T (tañido y tambor)
Ungida como la U (umbría, ungulada)
Visceral como la V (vientre, voluta)
Yuxtapuesta como la Y (yoica)

te maldigo y te bendigo
te nombro y te fundo.

Auto de fe

Con voces inmisericordes.

Con coros báquicos y aleluyas.

Con palacios destruidos cuyas ruinas soberbias admiramos.

Con espacios blancos donde flotan irreales
barcos hundidos.

Con una corte de princesas de tarot
y espadas de cartón para los juegos de la tarde.

Con la fuerza del Antiguo Testamento
cuyos apocalípticos pecados son siempre más intensos
que los mediocres desacatos del presente.

Con las herejías ebrias de fe
de los hijos rebeldes de la Iglesia.

Con fantasías nocturnas llenas de presentimientos.

Con los presagios de los sueños
y de las hojas de los tréboles.

Con la turbia mirada de los ocelotes en celo.

Con esta sujeción al deseo
llamada —otro sí— abnegación.
Sin ninguna simplicidad
Te amo.

La pasión

Salimos del amor
como de una catástrofe aérea.

Habíamos perdido la ropa
los papeles
a mí me faltaba un diente
y a ti la noción del tiempo.

¿Era un año largo como un siglo
o un siglo corto como un día?

Por los muebles
por la casa
despojos rotos:
vasos fotos libros deshojados.

Éramos los sobrevivientes
de un derrumbe
de un volcán
de las aguas arrebatadas.

Y nos despedimos con la vaga sensación
de haber sobrevivido
aunque no sabíamos para qué.

El parto

Desde el fondo del vientre,
como una montaña,
la oscura fuerza del deseo.

El deseo, oscuro como una semilla.
La semilla cerrada y muda
como una ostra.

Los labios de la ostra
lentamente abriéndose,
como la vulva, la vulva, húmeda y violeta,
a veces, fosforescente.

Babel, echada hacia adentro,
como una semilla. Guardada
como una ostra. Ensimismándose,
como el caracol encogido.
Babel torre, Babel casa escondida.

«Es largo esconderse nueve meses», dice Babel,
hinchida.
La palabra, apuntando hacia afuera.

La palabra, sobresaliendo del vestido.

La palabra, empujando su brote,
su alegría, su maldición.

Babel por las calles como una virgen,
como si nada escondiera. Babel bailando en bable.
Babel vestida.

Y de pronto, súbitamente, el grito.
Descendiendo por las piernas abiertas, el grito.
Desfondándose en las sábanas, el grito.
Licuándose en las caderas duras como anclas, el grito.
Forzándose a salir, el grito.
Brutal, ojeroso, hondo, gutural,
 onomatopéyico,
negro, desentrañado,
 el grito:
partido en dos,
hecho de sangre,
 voz de la víscera,
palabra sin lugar en el diccionario.

Genealogía

(Safo, V Wolf y otras)

Dulces antepasadas mías
ahogadas en el mar
o suicidas en jardines imaginarios
encerradas en castillos de muros lilas
y arrogantes
espléndidas en su desafío
a la biología elemental
que hace de una mujer una paridora
antes de ser en realidad una mujer
soberbias en su soledad
y en el pequeño escándalo de sus vidas

Tienen lugar en el herbolario
junto a ejemplares raros
de diversa nervadura.

Condición de mujer

Soy la advenediza
la que llegó al banquete
cuando los invitados comían los postres

Se preguntaron
quién osaba interrumpirlos
de dónde era
cómo me atrevía a emplear su lengua

Si era hombre o mujer
qué atributos poseía
se preguntaron por mi estirpe

«Vengo de un pasado ignoto —dije—
de un futuro lejano todavía
pero en mis profecías hay verdad
elocuencia en mis palabras
¿Iba a ser la elocuencia
atributo de los hombres?
Hablo la lengua de los conquistadores,
es verdad,
aunque digo lo opuesto de lo que ellos dicen».

Soy la advenediza

la perturbadora
la desordenadora de los sexos
la transgresora

Hablo la lengua de los conquistadores
pero digo lo opuesto de lo que ellos dicen.

Distancia justa

En el amor, y en el boxeo,
todo es cuestión de distancia.

Si te acercas demasiado me excito
me asusto
me obnubilo
digo tonterías
me echo a temblar.

Pero si estás lejos
sufro entristezco
me desvelo
y escribo poemas.

Hipótesis científica

Nada dice acerca del amor
la hipótesis biológica
de que se trata de una reacción química.

No tengo ningún inconveniente en admitir
que te aman mis jugos interiores
que tu ausencia me intoxica la sangre de negra bilis
que al contemplarte
sube la tasa de mi monóxido de carbono
y los linfocitos se reproducen alocadamente.

Si me pongo lírica
y se me traba la lengua
¿cómo no reconocer que alteras mi metabolismo basal
y entorpeces mis digestiones?

Mis narinas tiemblan
aumenta la presión de la sangre
enrojeczo y me altero
o sudo y palidezco.

Mi amor es gutural e instintivo
como el celo de los animales.

Cualquier metáfora que erija

como un vestido sobre la epidermis
será artificio.

Y sin embargo,
cuando te hablo,
evoco leyendas antiguas:

Tristán, Iseo, la cruel Turandot,
Dido, la enamorada, y la indiferente Helena
se amontonan en mi boca,
viajan,
en ríos blancos de saliva.

Hipótesis científica
o cultura,
lo mismo da:
mis vísceras no distinguen,
aman, sin preguntarse qué es el amor.

Encomienda

No sé qué apetencias oscuras
hay en su cuerpo, señora,
encerradas en carnes blancas,
señora.

Para que de pronto, su ansiedad estalle
como granada abierta
(de grandes labios rojos)

Me hago cargo, señora,
me hago cargo:
la monto la manto la palpo la sobo
la beso la calco la solapo
y usted bala como bovina
usted ruge como marabunta
usted piafa como yegua de raza
usted resopla como marsopa
usted finalmente acaba
a caballo
y yo acabo.

Poética

Versayanira —el mayor poeta hindú—
escribió más de seiscientos poemas
como si fuera una muchacha

Escribiré entonces
como si fuera un hombre
y nadie hablará de mi sexo.

Tango

La ciudad no eras vos.

No era tu confusión de lenguas
ni de sexos.

No era el cerezo que florecía —blanco—
detrás del muro
como un mensaje de Oriente.

No era tu casa
de múltiples amantes
y frágiles cerraduras.

La ciudad era esta incertidumbre
la eterna pregunta —quién soy—
dicho de otro modo: quién sos.

Aquella noche

La noche en que nos conocimos
yo empecé a perder
La cerilla explotó
y me quemó los dedos
manché mi blusa con el vino
Olvidé por completo el nombre
del mes y del día.

Tanta turbación
sólo podía ser la prueba
de un deseo muy grande

tan grande
que ni tú misma
podías satisfacer.

Humildad I

Nunca he pretendido que una sola idea
explicara la diversidad del mundo
ni un Dios
fuera más cierto que numerosos dioses.

Nunca he pretendido que la psicología
excluyera a la biología,
ni que tener un sexo
excluyera al otro.

Nunca he pretendido que una sola persona
colmara todos mis deseos
ni satisfacer todos los deseos
de una sola persona.

Nunca he pretendido vidas anteriores
ni vidas futuras:
no creo haber sido
nada más que lo que soy
y eso, a veces,
con grandes dificultades.

Historia de un amor

Para que yo pudiera amarte
los españoles tuvieron que conquistar América
y mis abuelos
huir de Génova en un barco de carga.

Para que yo pudiera amarte
Marx tuvo que escribir El Capital
y Neruda, la Oda a Leningrado.

Para que yo pudiera amarte
en España hubo una guerra civil
y Lorca murió asesinado
después de haber viajado a Nueva York.

Para que yo pudiera amarte
Catulo se enamoró de Lesbia
y Romeo, de Julieta
Ingrid Bergman filmó Stromboli
y Pasolini, los Cien Días de Saló.

Para que yo pudiera amarte,
Lluís Llach tuvo que cantar Els Segadors
y Milva, los poemas de Bertolt Brecht.

Para que yo pudiera amarte

alguien tuvo que plantar un cerezo
en la tapia de tu casa
y Garibaldi pelear en Montevideo.

Para que yo pudiera amarte
las crisálidas se hicieron mariposas
y los generales tomaron el poder.

Para que yo pudiera amarte
tuve que huir en barco de la ciudad donde nací
y tú resistir a Franco.

Para que nos amáramos, al fin,
ocurrieron todas las cosas de este mundo

y desde que no nos amamos
sólo existe un gran desorden.

Mensajes

Se escribe
como se lanza botella al mar:
soñando con una playa
un lector, una lectora
pero cuando por azar de los vientos
y la conjunción errática de las mareas
la botella navegante llega a la orilla
y alguien la recoge
—lee el mensaje—
hay que confesar: quien envió el mensaje
está ya en otra cosa.

Los grandes transatlánticos

Cuando los grandes transatlánticos
—blancos como ballenas—
de gloriosos nombres italianos
—Cristóforo Colombo, Américo Vespucci—
zarpaban lentamente de las radas
—quince días de mar
y el clap-clap-clap del agua
yo te invité al puerto
a ver salir los barcos.

Vivías en una gran ciudad
de espaldas al mar
En tu vida había muchas cosas:
música-autopistas-cenas
comités-colegas-teléfonos
De espaldas al mar
sin contemplar
la mansa taciturnidad de los barcos.

«Son algo majestuosos» dijiste.

El barco blanco
flotaba en la rada
mecido por las aguas

como por un sueño.
Ballena antigua,
se había echado a descansar.
En torno a él
oscuros hombrecitos de mono azul
trabajaban en su vientre
como diminutos Jonases digeridos.

Desde entonces, tu amor
tuvo una maroma:
me amabas
porque una tarde de invierno,
en lugar del cine,
te llevé a ver salir los barcos.

R.I.P.

Ese amor murió
sucumbió
está muerto
aniquilado fenecido
finiquitado
occiso perecido
obliterado
muerto
sepultado
entonces,
 ¿por qué late todavía?

Combate

En la lucha
contra tus sentimientos
perdiste un diente
una costilla
el dibujo
del labio superior
Sangraron las mejillas
zumbó el oído
y un ojo se volvió negro.

Alzaste el brazo
pidiendo tregua:
el combate había finalizado
tus sentimientos,
destruidos, yacían por el suelo,
vencidos.
¿A qué viene, entonces,
esta melancolía crepuscular,
la casa en silencio,
tú sola en la habitación,
los recuerdos tumefactos?

La fractura del lenguaje de los lingüistas aplicada a la vida cotidiana

Le dije que me gustaba, y quedé insatisfecha.
La verdad era que a veces no me gustaba nada,
pero no podía vivir sin ella.
Le dije que la quería,
pero también quiero a mi perro.
Después le dije que la amaba,
pero mi incomodidad fue mayor aún:
no tenía un cúmulo de buenos sentimientos,
a veces mis sentimientos eran muy malos,
quería secuestrarla, matarla de amor,
reducirla a la esclavitud, dominarla.
A veces, sólo quería su placer.
La complicidad que reclamé
era imposible: ¿qué complicidad se puede establecer
con alguien cuya sonrisa nos lleva al paraíso
y cuya indiferencia nos conduce al infierno? (William Blake)
Decidí prescindir del lenguaje,
entonces me acusó de no querer comunicarme.

Desde hace unos años, sólo existe el silencio.
Encuentro, en él, una rara ecuanimidad:
la de los placeres solitarios.

XIV

Ninguna palabra nunca
ningún discurso
—ni Freud, ni Martí—
sirvió para detener la mano
la máquina
del torturador.

Pero cuando una palabra escrita
en el margen en la página en la pared
sirve para aliviar el dolor de un torturado,
la literatura tiene sentido.

XXIII

Y vino un periodista de no sé dónde
a preguntarnos qué era para nosotros el exilio.

No sé de dónde era el periodista,
pero igual lo dejé pasar.
El cuarto estaba húmedo estaba frío
hacía dos días que no comíamos bocado
sólo agua y pan
las cartas traían malas noticias del Otro Lado
«¿Qué es el exilio para usted?» me dijo
«A Alicia la violaron cinco veces
y luego se la dejaron a los perros»
Bien entrenados,
los perros de los militares
fuertes animales
comen todos los días
fornican todos los días,
con bellas muchachas con bellas mujeres,
la culpa no la tiene el perro,
sabeusté,
perros fuertes,
los perros de los militares,
comen todos los días,
no les falta una mujer para fornicar

«¿Qué es el exilio para usted?»

Seguramente por el artículo le van a dar dinero,
nosotros hace días que no comemos.

«La moral es alta, compañero, la moral está intacta»
rotos los dedos, la moral está alta, compañero,
violada la mujer, la moral sigue alta, compañero,
desaparecida la hermana, la moral está alta, compañero,
hace dos días que sólo comemos moral,
de la alta, compañero,
«Dígame qué es el exilio, para usted»

El exilio es comer moral, compañero.

Dialéctica de los viajes

Para recordar
tuve que partir.
Para que la memoria rebosara
como un cántaro lleno
—el cántaro de una diosa inaccesible—
tuve que partir.
Para pensar en ti
tuve que partir.
El mar se abrió como un telón
como el útero materno
como la placenta hinchada
lentas esferas nocturnas brillaban en el cielo
como signos de una escritura antigua
perdida entre papiros
y la memoria empezó a destilar
la memoria escanció su licor
su droga melancólica
su fuego
sus conchas nacaradas
su espanto
su temblor.
Para recordar
tuve que partir
y soñar con el regreso

—como Ulises—
sin regresar jamás.
Ítaca existe
a condición de no recuperarla.

Montevideo

Nací en una ciudad triste
de barcos y emigrantes
una ciudad fuera del espacio
suspendida de un malentendido:
un río grande como mar
una llanura desierta como pampa
una pampa gris como cielo.

Nací en una ciudad triste
fuera del mapa
lejana de su continente natural
desplazada del tiempo
como una vieja fotografía
virada al sepia.

Nací en una ciudad triste
de patios con helechos
claraboyas verdes
y el envolvente olor de las glicinas
flores borrachas
flores lilas

Una ciudad
de tangos tristes

viejas prostitutas de dos por cuatro
marineros extraviados
y bares que se llaman City Park.

Y sin embargo
la quise
con un amor desesperado
la ciudad de los imposibles
de los barcos encallados
de las prostitutas que no cobran
de los mendigos que recitan a Baudelaire

La ciudad que aparece en mis sueños
accesible y lejana al mismo tiempo
la ciudad de los poetas franceses
y los tenderos polacos
los ebanistas gallegos
y los carniceros italianos

Nací en una ciudad triste
suspendida del tiempo
como un sueño inacabado
que se repite siempre.

Gotan

Yo adivino el parpadeo
de las luces que a lo lejos
van marcando mi retorno.

No, nadie te esperó, nunca.
No te esperaron los árboles
que habías plantado
ni la estatua del indio herido
en bronce enmohecido
no te esperó tu tía abuela
que murió llamándote
ni la silla de mimbre que vendieron,
ni la calle
que cambió de nombre
el mar no espera nunca
y en su ir y venir
no hay Arrabal amargo
no hay Mi Buenos Aires querido
cuando yo te vuelva a ver

No está Osvaldo Soriano con su gato
recogido en la rue
que maullaba en francés

ni la dulce francesita que te salvó de los flics
una noche de invierno, en París

No está Raquel que vendía periódicos
y preservativos y sabía el nombre de los árboles
aún de los más viejos

No adivino el parpadeo de las luces
que a lo lejos van marcando mi retorno

No hay retorno:
el espacio cambia
el tiempo vuela
todo gira en el círculo infinito
del sinsentido atroz

No quiero volver con las sienes marchitas
las nieves del tiempo platearon mi sien

No quiero un arrabal amargo metido en mi vida
como una condena de una maldición
ni que tus horas sombrías torturen mis sueños

No quiero que el camarero del Sorocabana
me pregunte, treinta años después:
«¿Un capuchino, como siempre?»
Siempre no existe,
Gardel murió
y la Tana Rinaldi también emigró.
Quiero otra luz, otro mar,
otras voces, otras miradas
romper este pacto de nostalgia
que nos ata, como una condena de una maldición
y no volver a soñar con el barco que atraviesa una mar
oscura para devolverme a la ciudad donde nací.
No hay Volver
no hay arrabal
Sólo la soledad es igual a sí misma.

Barnanit

Creo que por amarte
voy a amar tu geografía
—«una fea ciudad fabril»
la llamó su poeta, Joan Maragall—
la avenida que la atraviesa diagonalmente
como un río inacabable
las fachadas de los edificios llenos de humo
bajos los cuales
—palimpsestos—
se descubren dibujos antiguos
inscripciones romanas.

Creo que por amarte
voy a aprender la lengua nueva
esta lengua arcaica
donde otoño es femenino
—la tardor—
y el viento helado
tramonta la montaña.

Creo que por amarte
voy a balbucear los nombres
de tus antepasados
y cambiar un océano nervioso

y agitado —el Atlántico—
por un mar tan sereno
que parece muerto.

Creo que por amarte
intercambiaremos sílabas y palabras
como los fetiches de una religión
como las claves de un código secreto
y, feliz, por primera vez en la ciudad extraña
en la ciudad otra,
me dejaré guiar por sus pasajes
por sus entrañas
por sus arcos y volutas
como la viajera por la selva
en el medio del camino de nuestra vida.

Las ciudades sólo se conocen por amor
y las lenguas son todas amadas.

Vivir para contarlo

Te he cedido por una vez
el papel y el lápiz
la voz que narra
la crónica que fija contra la muerte
la nostalgia de lo vivido.

Y me va bien el cambio
te aseguro.

Quiero contemplar
quiero ser testigo
quiero mirarme vivir
te cedo gustosamente la responsabilidad
como un escriba
ocupa mi lugar
goza si puedes con el relevo
serás mi descendencia
mi alternativa.

La que vivió para contarlo.

Estrategias del deseo

Las palabras no pueden decir la verdad
la verdad no es decible
la verdad no es lenguaje hablado
la verdad no es un dicho
la verdad no es un relato
en el diván del psicoanalista
o en las páginas de un libro.

Considera, pues, todo lo que hemos hablado tú y yo
en noches en vela
en apasionadas tardes de café
—London, Astoria, Arlequín—
sólo como seducción
en el mismo lugar que las medias negras
y el ligero de encaje:
estrategias del deseo.

Un ciclo entero

Me dices que hemos vivido un ciclo entero
—Vivaldi, Las cuatro estaciones—
y yo me regocijo.

«Es el segundo invierno —me dices—,
ya sé cómo fue el primero».

El primer invierno:
citas voluptuosas en los hoteles
entrábamos los viernes
salíamos los lunes
ni tiempo para comer
había que devorarse mutuamente
brazos y piernas
labios y nalgas
una sed imperiosa de sorberse
mi carne es tu carne
tu cuerpo es mi cuerpo
mi sangre es tu sangre.

Y la primavera
¿cómo fue entonces la primavera?
«Una vez fuimos al cine
y me tomaste de la mano».
No miré la película

lo confieso: sólo te miraba a ti.
¿Florecieron los árboles?
«Tuviste alergia en la primavera»
y nos citábamos en hoteles lujuriosos
donde una muchacha negra
—seguramente una emigrante—
tocaba al piano viejas melodías.
Yo la miraba con complicidad
y tú sonreías.

Luego llegó el verano
teníamos calor en los hoteles
y aprendí el olor de tu sudor.
«No me gusta sudar en público», te dije
recordé vagamente que no sudaba desde hacía muchos años.
Ese verano tú escribiste un diario
y yo no podía dejar de recordarte
de modo que fui muy infeliz.

Vino el otoño después
nuevos hoteles
hasta una casa en barrio elegante
pero seguíamos conociéndonos por el tacto
por el sudor por el olfato
por la piel el pelo y las papilas.

Oíamos música a veces a veces
encendíamos velas
pero especialmente convocábamos a los poetas.

No era raro Darío en el orgasmo
no era raro Dante en la madrugada
no era raro Pavese al anochecer
de los sueños imposibles:
huir en barco
marcharse a otra parte
—Kundera: la vida siempre está en otra parte—.

Sin embargo

la vida
cruel
sanguínea
carnal
voluptuosa
la vida y su dolor
y sus sonrisas
estaba allí
encajada como un seno en el otro
como un sexo en otro sexo.

Como la boca en otros labios.

De aquí a la eternidad

Descubrir a Dios entre las sábanas
—no en el templo fariseo
ni en la altiva mezquita—
sábanas blancas
sudario del amor que te cubría
manto sagrado
iniciar la bienaventurada ascensión
de tu piel a la eternidad
de tu vientre al círculo celestial
sentir a Dios en tus húmedas cavidades
en el grito vertiginoso
de la jauría de tus vísceras
saber
que Dios está escondido entre las sábanas
sudoroso
consagrandote tu sangre menstrual
elevando el cáliz de tu vientre.

Descubrir de pronto que dios
era una diosa,
última ascesis,
de aquí a la eternidad.

Extranjera

Extranjera en la ciudad
extranjera entre los otros
de noche
me encierro en el bar gay.

Ah, mis hermanos...
el alegre maricón con el pelo verde
que baila sensualmente
mientras se mira en el espejo
cual Narciso teñido
la profesora de francés
vestida de George Sand
con su alumna preferida
(Balthus)
y las parejas siamesas
que han conseguido
eliminar las diferencias.
Pido una copa
todo el mundo baila,
todo el mundo menos yo.

¿Será posible que aquí también
entre falsos pelirrojos
y lesbianas sin pareja

te sientas otra vez una extranjera?

Inseparables

Y hubo que separar
todo aquello que estuvo siamesamente
unido

la carne de la carne
los labios de los labios
los dedos de los dedos
el vientre del otro vientre.

Y hubo que separar
todo aquello que estuvo siamesamente
unido

el sueño del sueño
la epidermis de la epidermis
la cutícula de la uña
las pestañas de los párpados
el iris de la mácula.

La cirugía obra milagros
—también el psicoanálisis—

Ahora volvíamos a ser solas
individuales
tu rostro no era ya mi rostro

tu despertar ya no era el mío
ni mi mirada era la tuya.

Devolví al mundo lo que había devorado
feto de mi entraña
comida de mi hambre
agua de mi sed
sangre de mis venas
célula de mi tejido
hija de tu vientre
alimento de tu plato
clítoris de tu sexo
epitelio de tus ojos.

Ahora ya somos dos.

La cirugía obra milagros
—también el psicoanálisis—.

Instaurada otra vez y para siempre la soledad.

Mi casa es la escritura

En los últimos años
he vivido en más de cien hoteles diferentes
(Al golquín, Hamilton, Humboldt, Los Linajes
Grand Palace, Víctor Alberto, Reina Sofía, City Park)
en ciudades alejadas entre sí
(Quebec y Berlín, Madrid y Montreal, Córdoba
y Valparaíso, París y Barcelona, Washington
y Montevideo)

siempre en tránsito
como los barcos y los trenes
metáforas de la vida
En un fluir constante
Ir y venir

No me creció una planta
no me creció un perro

Sólo me crecen los años y los libros
que dejo abandonados por cualquier parte
para que otro, otra
los lea sueñe con ellos.

En los últimos años

he vivido en más de cien hoteles diferentes
en casas transitorias como días
fugaces como la memoria

¿cuál es mi casa?
¿Dónde vivo?

Mi casa es la escritura
la habito como el hogar
de la hija descarriada
la pródiga
la que siempre vuelve para encontrar los rostros conocidos
el único fuego que no se extingue

Mi casa es la escritura
casa de cien puertas y ventanas
que se cierran y se abren alternadamente
cuando pierdo una llave
encuentro otra
cuando se cierra una ventana
violo una puerta
Al fin
puta piadosa
como todas las putas
la escritura se abre de piernas
me acoge me recibe
me arropa me envuelve
me seduce me protege
madre omnipresente.

Mi casa es la escritura
sus salones sus rellanos
sus altillos sus puertas que se abren a otras puertas
sus pasillos que conducen a recámaras
llenas de espejos
donde yacer
con la única compañía que no falla
Las palabras.



Cristina Peri Rossi (12-11-1941, Montevideo); es una escritora que cultiva varios géneros: el cuento, la narrativa y la poesía.

Desde el principio, usó el segundo apellido en homenaje a su madre, que la instruyó desde pequeña en el amor a la literatura, a la música y a la ciencia.

Estudió biología, pero se licenció en Literatura Comparada. Siendo muy joven obtuvo la cátedra que ejerció hasta que tuvo que abandonar el país, por motivos políticos. Comenzó su carrera literaria en 1963 con la publicación de su libro de cuentos *Viviendo*. Publicó su primer libro en 1963, y obtuvo los premios más importantes de Uruguay, pero su obra fue prohibida, así como la mención de su nombre en los medios de comunicación durante la dictadura militar que gobernó el país de 1973 a 1985. Se trasladó a Barcelona, España, en 1972; comenzó su actividad contra la dictadura uruguaya, escribió en las páginas de la mítica revista *Triunfo*, pero nuevamente perseguida, ahora por la dictadura franquista, tuvo que exiliarse en París en 1974. Regresó definitivamente a Barcelona a fines de ese año, obtuvo la nacionalidad española (1975) sin perder la nacionalidad uruguaya, y vive en Barcelona desde entonces.

Ha sido profesora de literatura, traductora y periodista, y es conferenciante habitual de universidades españolas y extranjeras. Sus numerosos artículos han

aparecido en diversos diarios y revistas: El País, Diario 16, La Vanguardia, El Periódico de Barcelona, El Mundo y Grandes firmas de Agencia Efe.

Ha luchado contra las dictaduras, a favor del feminismo y de los derechos de los homosexuales.

Su obra abarca todos los géneros: poesía, relato, novela, ensayo, artículos y es considerada como una de las escritoras más importantes de habla castellana, traducida a más de quince lenguas. Se reconoce como una escritora de mentalidad renacentista, abierta a todas las disciplinas y con intereses muy variados.

Asegura que su casa es la literatura, que no sabe vivir en este sistema para ganar dinero y que por eso se aferra a las letras porque está convencida de que es lo único que no pueden arrebatarse. Y esa pasión y esa entrega son las responsables de que haya podido conquistar tierras extranjeras, consiguiendo que sus creaciones trascendieran el espacio.

Como escritora se ha destacado por su obra *La nave de los locos*, una obra que deja en evidencia los crímenes de las dictaduras militares en latinoamérica, con una visión un tanto surrealista. En lo que se refiere a poesía, en el 2008 recibió el Premio Loewe con su obra *Play Station*. Otras de sus obras publicadas son *Descripción de un naufragio*, *Europa después de la lluvia*, *Invitación y Palabra*.

Fue Premio Ciudad de Barcelona en 1991 con el libro de poemas *Babel bárbara*. En 1994 recibió la Beca John Simon Guggenheim para la literatura de ficción.

Sus ciudades favoritas: Montevideo, Barcelona, Berlín, San Francisco y New York. Su paisaje favorito: el mar.

Su música preferida: las canciones y las cantantes italianas.

Ama los animales, detesta la lidia de toros, le gusta el fútbol, la ópera, los días grises, Baudelaire, Eric Satie, el cine europeo, las ciudades portuarias, los juegos y la biología, vestirse de blanco y ha dejado de fumar, por motivos de salud, no de placer.